





# MANUSCRITO SOBRE LA OSCURIDAD

---

NOVELA

Max Valdés Avilés

© Max Valdés Avilés

© **De esta edición:**

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.

Arzobispo Casanova 36, Providencia.

**www.simplementeeditores.cl**

**contacto@simplementeeditores.cl**

Registro de Propiedad Intelectual N° 145 330

ISBN: 978-956-8865-09-2

**Pintura portada**

Autor: Guillermo Lorca

Obra: Chica con sábana 205x140 cm.

**Diseño y diagramación:**

Jenny Contente G.

**Impreso en:**

Salesianos Impresores S.A.

Octubre, 2011.

Ch863

V145m Valdés Avilés, Max, 1963.

Manuscrito sobre la oscuridad / Max Valdés Avilés - 1a. ed.

-- Santiago de Chile: Simplemente Editores,

2011.

274 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-09-2

1. Novelas chilenas. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

# MANUSCRITO SOBRE LA OSCURIDAD

---

Max Valdés Avilés



SIMPLEMENTE  
EDITORES



*A mi padre*





*“El mundo es una mentira, pero ustedes creen en él.”*

*Las tres coronas del marinero, **Raúl Ruiz***

*“Te mostraré el miedo en un puñado de polvo.”*

*La tierra baldía, **T.S. Eliot***



**I**  
**-**  
**2010**



## LA CIUDAD DE LOS MUERTOS I

Juan Manuel está de brazos cruzados observando cómo los trabajadores se preparan junto a sus herramientas. El más alto tiene las espaldas demasiado anchas para calificar de un tipo corriente, y lo hace aún más monstruoso esa tremenda masa tumoral rebalsando en un costado de su nuca. El más bajo tiene el rostro rasgado y curtido como las lagartijas; cuando se voltea es posible distinguir su cabeza: parece que un golpe le hubiese hundido parte del cráneo. Van de un lado a otro y más de alguna obscenidad se susurran pues una sonrisa idiota pinta sus rostros espectrales. Ellos harán el trabajo sucio. El de uniforme azul dará las órdenes. Parece familiarizado con este oficio. Al mismo tiempo, fuma. Quizá es lo único que se puede hacer allí. El paisaje es ruinoso, las cruces que antes estaban sobre los mausoleos hoy están en el suelo. Algunos nichos, construidos hace una centena, cayeron y es posible husmear metiendo las narices en los espacios derruidos de las abandonadas sepulturas. La ciudad de los muertos también se vino abajo ese veintisiete de febrero.

El funcionario responsable sostiene un archivador con los certificados de aprobación que días antes ha firmado el propio Juan Manuel; su esposa, Mercedes, se quedó en casa: no lo acompañaría aunque le doblasen la jubilación. Los padres de Mercedes García Torrejón están sepultados allí hace más de cincuenta años y ella no querría violentar su recuerdo, desasido y borroneado a estas alturas, con imágenes actuales, esqueléticas y despiadadas.

El del uniforme municipal tiró el cigarrillo y ordenó iniciar la tarea.

Los hombres descendieron al foso. Quitaron la lápida, rompiendo los bordes con la punta de unos garrotes para arrojarla al costado de otra tumba. El tipo con cara de lagartija se haría cargo de recibir los *restos* exhumados de la bóveda.

Es un espacio estrecho y maloliente. La humedad ha convertido las paredes interiores en láminas de musgo negro y resbaladizo. El hombre del cráneo hundido se encarga de abrir los cajones en aquel miserable infierno, descerrajándolos violentamente.

Se encontró con el más antiguo de los cadáveres. Era lo que fue la señora Medila convertida hoy en *piezas desencajadas*. Parecía un perro seco (a los empleados del campo santo, acostumbrados a esas faenas, les irrita que las urnas sean de metal pues acumulan líquidos de pésimo olor. Es más útil la madera que se convierte en polvo: así la naturaleza retorna más fácilmente a la naturaleza).

En ese momento Juan Manuel recibe una llamada. Es Mercedes. Incapaz de resistirse pregunta si ya han retirado a su madre. Su marido es cauto y apenas menciona el estado en el cual la encontraron: la suegra mantenía los brazos (más bien el esqueleto) en cruz con los desperdicios de una muñeca de plástico aferrada a ella. En el último tiempo la suegra había enloquecido, encerrándose en su cuarto. Tuvo dos intentos de suicidio. No acertó en ninguno. Una tibia tarde el azar se la llevó; la mujer resbaló en el corredor golpeándose la cabeza, la llevaron a reposar a su cuarto y la olvidaron durante horas hasta sorprenderla sin vida.

La muñeca continúa en el ataúd. No se trataba de un juguete elegante sino de aquellos que repartían las juntas de vecinos —infiltradas por señoras de *Bien* expertas en seguridad poblacional— o las municipalidades en navidad. El plástico es un material obcecado, con pretensiones de inmortalidad. La muñeca era de su hija Mercedita (la Mercedes actual, que acaba

de llamar) y se la puso allí a pesar de la opinión en contra. Juan Manuel había escuchado tantas veces la historia de cómo se desprendió de ella, durante las jornadas de depresión de su esposa, que el tema lo hastiaba. Temía un destino semejante para su desdichada mujer. En aquel tiempo Mercedes, con apenas ocho años de edad, fue a acostarse con su *mamaducha* Medila, la misma tarde del resbalón en el corredor y del infausto golpe en la cabeza y, después de dormir una ligera siesta, advirtió que su madre tenía las manos frías y la boca amoratada. Ya no respondía. Gritó desesperadamente y en principio no la oyeron. Mercedes no sospechaba que su madre estaba muerta.

Mientras Juan Manuel habla por el celular recuerda y se desplaza, con la ayuda de un bastón, de un sitio a otro, nervioso, agitado por la revelación de esa forma de existencia, si es que pudieran llamarse así los vestigios de quienes algún día fueron. Ya no es el hombre temerario de antes. Fue un militar con el donaire y la autoridad que merecía su rango. Veinte años atrás abandonó la escuela de suboficiales y se encerró en su cuarto intentado escribir unas memorias que nadie veía aún. Quizá sólo fuese una excusa para ocultarse y no ser invadido, ni por su mujer, ni por las notificaciones que le enviaban, de cuando en vez, los Tribunales por temas pendientes de derechos humanos. Dentro de su pieza había un clóset que guardaba lo relacionado con su estada en los cuarteles: medallas, fotografías, escarapelas, estandartes, pantalón militar, chaqueta y zapatos con punta de bronce.

Nunca esperó hallarse en esta situación. Muchas veces enfrentó escenarios de tensión y con consecuencias de sangre. Había demasiados delincuentes escondidos como reptiles y el *régimen* debía capturarlos. Juan Manuel sabía cómo hacerlo. Eso fue antes. Nunca esperó estar hoy en semejante situación como de película de terror clase B.

El hombre ha cambiado.

Su brutalidad está en reposo.

Fue Mercedes quien le aconsejó realizar la reducción de los cuatro cadáveres que saturaban el nicho familiar; llevarlos a un

pequeño cajón era inevitable. Quizá ella advertía que era la oportunidad, nadie más podría tomar la decisión en el futuro.

“Sara no podrá hacerlo” —le había advertido a su marido.

La ceremonia continúa. El hedor se esparce. Juan Manuel se cubrió la nariz con un pañuelo rociado con colonia.

Sacaron el segundo cuerpo o lo que quedaba de él.

Se trataba del padre de Mercedes, muerto de insuficiencia renal hacía más de cuarenta años, fue sencillo para los sepultureros realizar el trasvasije.

Juan Manuel, a pesar que raramente fumaba, encendió un cigarrillo con las manos trémulas y frías.

El rito debía continuar.

Cuando el sepulturero le indicó que tocaba el turno de un ataúd pequeño, Juan Manuel vaciló un instante. Caminó hacia la fosa y miró a los dos hombres que esperaban su aprobación. Asomó la cabeza y miró hacia abajo recordando el día en que tuvo que dejarlo allí para siempre. Una tarde de verano el niño hurgueó, en la gaveta del escritorio de su padre, el arma de servicio y se disparó. Estaba vedado entrar allí pero una noche de fiesta en que todos se divertían, Camilito se metió a ese lugar y sin mediar razón alguna sacó el arma del cajón, la tomó entre sus manos y la puso en su boca imitando un gesto prohibido. El ruido no se oyó por el canto de los himnos militares que entonaban los colegas del dueño de casa. Sólo a Mercedes, que iba a la cocina, le llamó la atención en qué lugar podría estar el niño y lo empezó a llamar y como no respondía imaginó que debía hallarse en el peor lugar de la casa: en la biblioteca de su marido, husmeando las medallas y las curiosidades de sus campañas militares. Cuando abrió la puerta vio tendido en la alfombra el cuerpo de Camilito, con los brazos abiertos en cruz, aún con vida, lo suficiente para llevarlo al Hospital Militar.

Mercedes estuvo tres días inconsciente sin poder recuperarse y los trámites funerarios los realizó Juan Manuel absolutamente solo, sin pedirle ayuda a nadie, como una manera de cobrarse a sí mismo su falta.



Esa culpa revivió en el instante en que los sepultureros le arrebataron al niño el trajecito de marinero con el cual lo vistieron por última vez. En esa oportunidad no quiso mirarlo, tampoco permitió que levantaran la ventana del ataúd durante el velorio. Sólo la fotografía del niño en la playa militar de Tejas Verdes, puesta sobre el cajón, fue admitida en su despedida.

Los trabajadores de la muerte le dijeron que dada la condición de deterioro de los huesos, fue complicado llevarlos al cajoncito donde ya estaban depositados *el señor y la señora*.

Juan Manuel prende un nuevo cigarrillo. Las manos le tiemblan. No quiere mirar el sitio donde los enterradores arrebatan los huesitos del brazo al traje azul con ribetes blancos más un estampado con la bandera chilena.

Han transcurrido a lo menos cuarenta minutos desde que se inició la ceremonia.

El último cajón a reducir es de Alicia Astorga García.

Fue enterrada treinta y cinco años atrás, exactamente el 12 de enero de 1975. Pero en su caso se dio un acontecimiento extraordinario que aterró y pasmó a todos los presentes: por una asombrosa insensatez de la naturaleza estaba como durmiendo.

“¿Es posible esto?” Exclamó el jefe municipal. ¡Jamás en años de oficio se toparon con un caso como éste! Habían escuchado que sólo los santos permanecían intactos y ausentes de pestilencia: era un signo de lo sagrado transferido a una vida ordinaria. Alicia lucía aún el pelo largo, la carne de su cara prácticamente intacta como si hubiera sido maquillada hace un par de semanas.

—¿Qué hacemos con ella, señor? —le preguntaron a Juan Manuel.

—¿Qué se hace en estos casos? —contestó alarmado.

—¡Devuélvala al cajón! —dijo el hombre del cráneo liso.

Antes de responder, Juan Manuel se miró las botas. Sentía los pies debilitados y el cigarrillo cayó al suelo.

—¡Imposible! —respondió, confuso, nervioso y atolondrado— eso no. En ese caso incinérenla.

Los hombres se miraron. El cuerpo casi intacto de la mujer de cabellos rubios los tenía paralogizados. El encargado se acercó una vez más al ataúd y observó atentamente el cadáver de Alicia. Los estatutos del cementerio permitían, transcurridos más de veinticinco años, hacer una reducción de cuerpos a solicitud de los familiares. Cumplía con la norma administrativa, que el cuerpo resistiera la corrupción no era asunto suyo. El fuego haría el trabajo de la desaparición.

El empleado del cementerio se acercó a Juan Manuel, a quien los huesos de la mandíbula le temblaban y la mano también como si sufriese una crisis de abstinencia.

—¡Tendrá que firmarme una nueva autorización...! —le dijo.

—¡Como quiera, pero llévesela de inmediato! ¡No quiero que mi nieta vea esto...!

Con la velocidad de los ladrones de cadáveres, desnudaron el cuerpo de Alicia, la envolvieron en una bolsa negra, de residuos, y el tipo de las jorobas se fue con ella al cinerario.

En ese instante Juan Manuel giró y volvió la vista hacia el lugar donde yo estaba.

Hubiese querido permanecer más tiempo con ella, pero todo fue muy rápido.

El abuelo actualizó dos desgracias simultáneas. Años atrás enterrar a sus hijos fue seguramente invivible, pero volver esta mañana odiosa a desenterrarlos y *reducirlos* le revolvió el estómago y fue a vomitar detrás de un mausoleo.

Su cabeza cuelga como si fuese la extensión más sólida de un vómito atroz, mientras se sostiene de la cruz esculpida en el respaldar de una lápida.

¿Cómo estaba Alicia dentro del cajón?

En general su ropa, los zapatos de tacón negro, el vestido azul piedra de dos piezas y su cartera estaban intactas.

Juan Manuel no lo podía creer.

Yo tampoco.

El corazón se me aceleró y no sabía qué venía ahora. ¿En qué estuve que decidí acompañar al abuelo? ¿Por qué él decidió

seguir con el procedimiento? ¿Debía yo continuar allí? ¿O regresar a la casa y fingir no haber visto nada por el resto de mis días?

Caminé hacia el sector donde los funcionarios arrojaron las prendas que nuestros muertos vestían. A poco más de veinte metros miré asombrada la última vestimenta de Alicia: sus zapatos negros (recordé la fotografía que tenía de ella. Era rubia, muy atractiva, con una sonrisa dulce). Ahora su ropa estaba sobre la tapa del ataúd, como si fuera a ponérsela de nuevo para salir al cine, asistir a una reunión política o presentarse a clases en la universidad.

El ejercicio de limpieza ha concluido. Nadie, excepto los propios sepultureros, han visto con detalle la descomposición de los cuerpos depositados en la pequeña caja común.

Reobservé detenidamente lo que fueron sus últimas prendas: Allí reunidas en un basural maloliente y húmedo. Casi enseguida llegó una camioneta *Fiorino* a recoger los desechos —así lo llamaban los hombres— y llevarlos al sumidero. El chofer abrió la puerta de atrás y vi, con asombro, muchas ropas de decenas de otras personas *reducidas* en el mismo día. Parecía el camión de despojos que recicla a los muertos, esos que ya no interesan a nadie, pues el trabajo ya ha sido hecho durante años por la tierra. Pensé en todas esas personas que alguna vez fueron sujetos llenos de vida hasta antes de apagarse. Recordé imágenes de la muerte que entrega la televisión luego de una catástrofe. O simplemente lo que todos alguna vez hemos visto: fotografías con decenas de cadáveres de chilenos enterrados en una fosa común o tantos otros sitios olvidables ya. La similitud es conmovedora.

Mi abuelo, Juan Manuel, conversa con el encargado que reunió los huesos. Aprovecho ese instante para acercarme nuevamente a los despojos de la vestimenta de Alicia.

Volvía a ver la cartera negra —la misma que ella usó en la única fotografía que le conocía, con sus broches de bronce intactos.

Fue en ese momento cuando a mi memoria se le apareció una imagen del pasado que quizá yo me había encargado de enterrar: iba con mi mamá cruzando una calle en el centro de Santiago. El día estaba caluroso y ella vestía un traje de dos piezas color violeta (parece que el color me visita de nuevo), no sabía dónde íbamos, yo no tenía más de dos años y llevaba trenzas y zapatos blancos. Me cogía de la mano sin advertir si me desgarraba el brazo. Su apuro estaba en otra parte. Llegábamos finalmente a la estación central y compraba unos boletos. Enseguida nos encerrábamos en un carro del ferrocarril. Entonces aparecía un hombre que la besaba ¿Por qué esa imagen fría, subversiva, no se borraba de mis recuerdos? ¿Quién fue ese extraño con el cual se reunía en el vagón de un tren a besarse?

Antes que el chofer de la *Fiorino* cargara las prendas, tomé esa cartera y la oculté bajo mi abrigo.

Una intuición, un impulso ajeno, no lo sé.

Enseguida los enterradores recogieron los pantalones del bisabuelo, el vestido de la bisabuela, unos zapatos negros puntiagudos y una corbata de color rojo, enteramente humedecida y la lanzaron al interior de la camioneta.

Yo me quedaba con la cartera sin que ellos sospecharan.

La cartera que fue de mi mamá.

Sí, Alicia era mi madre. A ella apenas la conocí. Mis abuelos —Juan Manuel y Mercedes— siempre me dijeron que falleció en un accidente en la carretera. Pero no sabía nada más. Cuando preguntaba sobre ella sus respuestas eran vagas. Mi mamá era un profundo misterio.

Tampoco sabía quién era mi padre.

Era el momento de volver a insistir y averiguarlo. Sí, porque estas dudas se instalaron en mí muchos años atrás; a los doce años quise averiguar sobre mi madre pero me taparon la boca. Después a los veintitrés años volví a la carga. Luego a los treinta y tres. En todos los casos un manto de silencio me impidió avanzar. Ahora no ocurriría esto, de eso tengo la certeza.

De alguna manera debía obtener pistas que me permitieran llegar al origen.

La camioneta se fue y con ella mi madre, mis bisabuelos y Camilito.

Apreté con fuerza la cartera, como un fetiche oculto bajo mi abrigo.

Oí la voz de mi madre, en susurros, diciéndome qué hacer de allí en adelante.

## LA CIUDAD DE LOS MUERTOS II

La abuela Mercedes no supo detalles de la reducción de cuerpos hecha en el cementerio ni de mi calidad de testigo de la muñeca de plástico de la bisabuela enloquecida, del traje de marinerito de su hijo Camilo y del estado particular en que fue descubierta mi madre.

Mi experiencia fue similar a la que le tocó asumir al Juez Guzmán en esa tarea de buscar cadáveres bajo el mar, amarrados con un trozo de riel de ferrocarril para impedir que las vísceras de los desaparecidos hincharan y emergieran a vista y paciencia de los siempre impertinentes “paparazzi”.

Mi abuelo miró en la televisión todos esos hechos desde la butaca de su biblioteca. Ya está retirado y sobre él no podrán caer responsabilidades, piensa.

El olvido y la ironía fueron su práctica habitual.

Sin embargo, ahora está aquí, conmigo, mostrando su rostro limpio.

Ha pasado mucha agua bajo el puente y continúa arrastrando regueros de sangre.

Mi abuela dice que más vale no meterse a discutir con el abuelo, ya está arruinado y diabético.

¿Y la abuela? ¿Qué puedo esperar de ella? ¿Cuántas veces no le habrá cubierto las espaldas? Con esa misma irresponsabilidad crió a sus tres hijos: al tío Pedro, Camilito y a mi madre. La palabra es indiferencia. Ciertamente. Ahora lo puedo comprender de una manera que a los doce años no comprendía, ni a los veintitres. Sólo ahora con treinta y ocho años puedo ver

bajo la espesura. Veo sangre, mentira y una grave soledad que me corta en dos mitades, leves, blandas, que se esfuman, que caen y se rompen a pedazos.

Hay un poema de un francés llamado Jean Francois Bory que copié en mi *Diario* y me lo llevé conmigo, creo que da cuenta de cómo veo el mundo ahora que soy una mujer casada. Se llama el grito del poeta y es así: *El elefante barrita / La cigarra castañetea / La oca crocita / La urraca chirría / El fiel reza / La lechuza chinchea / El faisán grazna / El chacal gañe / El camello bala / El gato maúlla / El militar ladra / El torturado aúlla / El moribundo expira / El Torturador ejecuta / El tigre bufá / El pavo cloquea / El loro cotorrea / El intelectual chismorrea/El padre truena / El furibundo eructa / La liebre gimotea / La ganga cloquea / El puerco chilla / El insolente responde / El político perora / El innombrable gime.*

He tomado la costumbre de apuntar cualquier materia que me interese, recortar avisos o fotografías atractivas, así como antes coleccioné estampitas religiosas.

En todo esto pensaba cuando regresamos con el abuelo desde el cementerio. Él no me dijo palabra alguna. Tampoco dentro del carro del Metro. Sin embargo, los conceptos de vida-muerte me estaban agujereando el cerebro. Los cuerpos no se van al cielo, como tantas veces nos mintieron en mi colegio, los cuerpos quedan dentro de un cajón que va convirtiéndose en inmundicia, es decir, en basura. Ese es el fin último de la existencia: ni siquiera transformarnos en polvo, sino en kilos de carne maloliente como la que persiguen los gatos sobre los tejados en La Cisterna y huyen con el trozo capturado en el hocico. Conceptos. Porquería de conceptos y de falsedades. Ahora lo sé. Ahora que vi abrirse una tumba y ver, quiéralo o no, a mi familia hecha bazofia, transformada en *restos*. Está muy bien empleada la palabra *restos*. Eso somos. Lo que hayamos sido antes no importa y de nada vale. En este infierno que está en la tierra las almas se despedazan en la envidia, el celo y la traición ¿Tiene algún sentido esta lucha homicida? ¿Qué

nos libera o redime? Según las monjas, que nunca dejaron de mentir, es el amor; el amor al prójimo y mucho antes, el amor a Dios, la solución a este callejón sin salida.

Mi madre estaba entre los *restos*.

¡Qué ganas de abrazarla como nunca lo hice! ¿Pero se pueden abrazar las ropas de algo, un cuerpo que fue y ahora no lo es?

¡Cuánta falta me hacía! La marca de su ausencia se grabó indeleblemente en mi vida y fui la guacha, la huérfana, la sin padres, la pobrecita del curso, la abandonada, la allegada, la solitaria, la compasiva, la sin afecto, la sin amor, la nieta del milico, la que no sabe nada de sus padres, la que apenas puede hablar de su madre, a la que le ocultan todo, a la que silencian, la que nada sabrá pues los viejos van a morir y con ellos un secreto que sospecho debo averiguar a la brevedad, la que nunca hizo nada por continuar investigando sobre papá y mamá, pero que ahora es *otra*, ahora que ha visto la muerte cara a cara, y lo que es peor, ha visto a su pobre mamacita transmutada en roña y no se puede amar un cuerpo que no es sino ahora un líquido que recorrió los huesos primero y después la carne para darle brillo y color y enseguida los ojos y la luminosidad del cabello que es lo único que existe después de la muerte.

Por fin llegamos a casa. Eran las dos treinta de la tarde de un sábado de julio del año 2010. La casa está arruinada. Con el terremoto las cornisas se vinieron al suelo y los viejos muros de adobe y cemento se trizaron en dos, tres partes. Desde esa noche, el primer cuarto que da hacia la calle es el nuevo dormitorio de los abuelos. De la biblioteca poco queda, gran parte se fue en cajas de embalaje al garaje. La abuela camina con dificultad hacia la mesa, mira con indiferencia al abuelo. Insisto, la casa está más vacía que nunca. La humedad y los años han acabado con los sillones que antes lucieron impecables, ahora están raídos, sucios. Un perro duerme en el sofá que ocupaba el abuelo. Un perro de la calle. De esos que ahora se meten por la abertura rota del portón de entrada. A veces se esconden en



medio de la maleza y no salen en semanas. Una perra tuvo sus crías allí, me enteré por el llanto de los cachorros durante la noche. Hacía frío. El hielo se colaba por el entretecho, por las rendijas, por la rotura de las planchas de zinc. ¡Cómo habrán necesitado a su madre esas criaturillas!

El abuelo pasó al baño a lavarse las manos. Demoró mucho tiempo. La abuela temía una caída. Ambos están endebles, mustios, perezosos. Nada queda de aquellos años de fortaleza y severidad. El fin de los tiempos. Y el fin del milenio quedó atrás hace rato y comenzó un nuevo calvario. El abuelo se ha vuelto un borracho dentro de la casa. Bebe sentado en su mecedora. Odia a los políticos fracasados de la Concertación, detesta a Lagos y Bachelet por reabrir todos los expedientes de casos de violaciones y crear Punta Peuco, no como un hotel de descanso, como dicen los enemigos de siempre, para los militares condenados. Cuando está ebrio me produce lástima. Los gatos lo rodean. Treinta años atrás los habría expulsado a patadas. Ahora es un hablador compulsivo, sin interlocutor alguno. Además le habla a supuestos compañeros de armas obligándolos a formar filas. Las instrucciones son las mismas de siempre: perseguir al enemigo y reducirlo hasta eliminar el peligro.

Dos días antes de nuestra visita al cementerio le entregó a la abuela la provisión de licor que custodiaba tanto como sus medallas y galvanos. No quería vérselas ebrio frente a sus cadáveres. La desolación y la fragilidad no podían mermar a un ex combatiente del régimen militar, hoy ávido televidente de la serie *Pelotón* de TVN.

Con todo, el abuelo está gordinflón, parsimonioso y con la cabeza perdida. Es incapaz de manejar un discurso sensato sin intervenirlo con la demencia y exabruptos ajenos a un hombre sano.

Sin embargo, durante la visita al cementerio estuvo más cuerdo de lo esperado. Condición que dejaría inmediatamente puesto que fue a encerrarse en su pieza, sentado en su mecedora

a mirar al Rafa Araneda con un gato rondándole por las piernas. La decrepitud y el aburrimiento terminarían poco a poco con su memoria robusta.

En definitiva, el abuelo se encerró y la abuela se encerró. Volvía a estar sola en un largo corredor que conocía desde siempre. Ya no soportaba permanecer de esa manera.

El hastío me sobrepasaba.

Fui y pasé la llave por dentro. Eran las seis de la tarde y oscurecía. El invierno me desanima. La depresión estaba pronta a iniciar su trabajo. Estaba más sola que nunca. El par de viejos se moriría en cualquier minuto y con ellos las preguntas sin respuestas que sus bocas han callado.

Tenía que hacer algo. Ahora. Ya no soy la pendeja inmadura y temerosa.

Saqué la cartera negra que fue de mi mamá.

La puse sobre la cama.

Deslicé el cierre y, para enorme estupor, distinguí y luego tomé entre mis manos, una pistola envuelta en un paño enmohecido.

¿Qué hacía un arma en la cartera de mi madre?!

La solté de inmediato como si fuesen brasas ardientes que me quemaran los dedos. Volví a guardarla en su interior y corrí el cierre. Estoy excitada. No sé qué pensar ni qué hacer ¿A quién podría recurrir? A nadie. Absolutamente a nadie.

Estuve paralizada durante minutos. Sentí la presencia de mi madre de nuevo. Su regreso a casa, caminando por el corredor con un perfume de lavandas a su alrededor. Pero la imaginación de una mente exasperada y un corazón deteriorado como el mío es suficiente para producir cualquier escena.

¿Qué hacer? ¿Preparar mi suicidio? ¿Encarar al abuelo?

Me acuesto junto a ella (a la cartera y a lo que descubrí dentro: el arma. Como si fuese una extensión del cuerpo de mi madre) y la abrazo, sin todavía atreverme a presionar el gatillo y oír su click demoníaco.